

Dalmacia fue completa; veinte mil Portugueses perecieron en esta terrible accion, de cuyas resultas cayó en manos de los Franceses la segunda ciudad de Portugal, y la mas inglesa despues de Lisboa.

El espíritu de Napoleon animaba todavía á los ejércitos franceses en la Península.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

QUINTA COALICION.

CAPITULO PRIMERO.

REVOLUCION EN SUECIA. — GUERRA DE AUSTRIA. — SEGUNDA EVACUACION DEL PORTUGAL. — TOMA DE VIENA. — REUNION DE LOS ESTADOS ROMANOS AL IMPERIO. — BATALLA DE ESSLING.

(1809)

Un acontecimiento, que hubiera sido una fortuna para los historiadores de nuestra edad, sino fuerap por el despotismo que ejerce la revolucion francesa sobre todos los hechos contemporáneos, vino de repente á sorprender la Europa; el rey de Suecia abdicó la corona. Sin duda esta abdicacion era de poca importancia, comparada con las de Cárlos IV y de Fernando VII; pero presentó un carácter muy diverso, pues los

Españoles tomaron las armas para defender la legitimidad de su príncipe que la habia cedido á Napoleon y á José, y para obligarle, á pesar suyo, á ser su soberano, al paso que el pueblo Sueco entero, usando del derecho primitivo del poseedor del suelo y de la facultad inherente á todo cuerpo social, depuso á Gustavo-Adolfo.

La nacion entera estaba descontenta en extremo y la guerra civil amenazaba á la capital; Gustavo reunió sus tropas para marchar contra el ejército del Norte y el de Escania, habiendo señalado el 13 de marzo para su salida, y mandó que aquel mismo dia el tesoro fuese sacado del banco á la una de la mañana; el consejo estaba reunido y la revolucion estalló en su seno. En vano se suplicó al rey en nombre de la patria y en consideracion á los males innumerables que agoviaban á la nacion con la prolongacion de una lucha insensata, impolítica, desastrosa, que habia hecho perder ya á la Suecia las dos provincias mas ricas, la Pomerania y la Finlandia; en vano se le conjuró de envaynar la débil espada, que no bastó á Carlos XII para defender á la Suecia; Gustavo se mantuvo inexorable y se retiró. El feld-

mariscal Klingsporr y el general Alderkreutz se presentaron al rey y le declararon que debia acceder á los ruegos de su consejo ó dejar de reinar; el rey declaró que nunca cederia, tratándolos de malvados; sacó la espada y quiso matar al general; pero varias personas acudieron de afuera y le desarmaron; entonces el mariscal de palacio Silvesparre le dijo: « Señor, habeis recibido la espada para desenvaynarla contra los enemigos de la patria y no contra los verdaderos patriotas que solo quieren vuestra felicidad y la de la Suecia.» En seguida se apoderó de la espada del rey; pero Gustavo logró agarrar la de un oficial y se escapó por una escalera secreta. Corrieron tras él; un coronel le arrestó al momento en que llegaba al patio del palacio y fue conducido al castillo de Drottminhk, donde se le puso centinelas de vista. El consejo suplicó al viejo duque de Sudermania, tio de Gustavo, que tomase las riendas del gobierno vacante. He aquí el primer acto de este drama popular que se representó en Stockholm el dia 13 de marzo. Quince dias despues, el 29 de marzo, Gustavo, obedeciendo á la necesidad, abdicó con el fin de consagrar el resto de sus dias á la gloria de

Dios. En fin , el 10 de mayo , las órdenes reunidas de la dieta recibieron la comunicacion de la abdicacion del rey ; la admitieron y tomaron una resolucion que acababa así: «.....Atendidos todos estos motivos y consideraciones importantes , que reciben un nuevo peso por el acta de abdicacion de S. M. el rey , escrita de su propio puño , cuya lectura se nos acaba de hacer , pero que no miramos como necesaria para justificar los pasos que hemos dado , hemos tomado la resolucion firme é inalterable que sigue: Abjuramos por la presente acta toda fidelidad y obediencia que debemos como vasallos á nuestro rey Gustavo-Adolfo , hasta hoy rey de Suecia , y le declaramos así como á sus herederos nacidos ó por nacer , privados para siempre de la corona y del reino de Suecia. »

Así se acabó sin disturbios , sin violencia y sin ninguna oposicion , la mudanza mas importante que pueda suceder en un Estado. Gustavo habia ultrajado á la nacion de tal manera , en sus intereses los mas caros , que los Suecos fueron unánimes en consentir en su destierro. Jamás , en ninguna época de la his-

toria de un país oprimido , la soberanía del pueblo , pues es preciso llamar las cosas por su nombre , ejerció mayor acto de magistratura suprema con mas justicia y legalidad. En efecto , si , como principio , esta soberanía es una ley suprema , no se puede considerar como tal para aplicarla , como no esten unánimes todas las voluntades. Regularmente , la causa nacional en esta circunstancia pareció incontestablemente justa á los reyes , ó éstos tuvieron otros motivos poderosos para poner en olvido los derechos de la legitimidad , supuesto que , ni los gabinetes de Viena , y de San Petersbourg , ni el de Londres á quien Gustavo habia sacrificado su país y su corona no se opusieron á que los Suecos disfrutasen de una facultad que salvó á su país. Este acontecimiento que honra para siempre al caracter noble y generoso , así como al espíritu ilustrado y la alta civilizacion de todos los habitantes de aquel reino no produjo mucho efecto sino en Suecia. La guerra de España y la quinta coalicion ocupaban enteramente la atencion de la Europa.

El 9 de abril el archiduque Cárlos dirigió la carta siguiente al general en gefe

del ejército frances acantonado en Baviera:

« Conforme á una declaracion de S. M. el
» emperador de Austria al emperador Napo-
» leon, prevengo al señor general en gefe del
» ejército frances que tengo órden de ir ade-
» lante con las tropas de mi mandò y de tratar
» como enemigas todas las que me opondrian
» resistencia. — En mi cuartel general, el 9 de
» abril de 1809.

» CARLOS. »

Tal fue el primer documento de oficio de este rompimiento que sorprendió de repente á la Baviera. El segundo fue la proclama del rey de Baviera, contestando á tan extraña comunicacion. Empezaba así:

« Dellingen, 17 de abril.

» Sin declaracion de guerra, sin explicacion
» ninguna, nuestro territorio ha sido invadido
» el 9 de este mes, y nos hemos visto en la
» precision de abandonar nuestra capital
» que ha sido ocupada por las tropas aus-
» triacas..... »

El rey de Wurtemberg publicó tambien una

declaracion por la que apelaba al juicio de la Europa de una infraccion notoria de parte del Austria al tratado de Presbourg y de la agresion que amenazaba á sus Estados. Por su parte, el emperador de Austria dirigió una proclama á sus súbditos, y el archiduque Cárlos otra á su ejército que constaba de trescientos cincuenta mil hombres, incluido el de Landwehr. Napoleon apenas tenia doscientos mil combatientes que oponer, sea en Alemania, sea en Italia, pero eran los Franceses de Austerlitz, de Jena, de Friedland. La posicion de las tropas francesas era la siguiente: el cuerpo del duque de Auerstaedt estaba en Ratisbona, el del duque de Rivoli en Ulm, el del general Oudinot en Augusta y el cuartel general en Strasbourg; el duque de Dantzick mandaba las tres divisiones bávaras, situadas en Munich, en Landshut y en Strauling. Los Wurtembergeses estaban en Heydenheim, los Sajones delante de Dresde y los Polacos en los alrededores de Varsovia.

Desde el 10 al 16, el ejército del Archiduque marchó sobre el Iller; los Bávaros opusieron la primera resistencia á los que violaban su territorio. Napoleon supo en Paris, por el telé-

grafo, en la tarde del 12, que los Austriacos acababan de pasar el Inn. Salió al instante, y llegó el 16 á Dellingen, donde vió al rey de Baviera; y le prometió volverle á conducir á Munich dentro de quince dias. El 17, el cuartel general estaba en Donawerth, donde Napoleon dió sus órdenes á sus mariscales y dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

« SOLDADOS !

» El territorio de la confederacion ha sido
 » violado. El general austriaco quiere que hu-
 » yamos al aspecto de sus armas y que le aban-
 » donemos nuestros aliados. He llegado con la
 » rapidez del relámpago. Soldados ! me esta-
 » bais rodeando cuando el soberano de Aus-
 » tria vino á visitarme en mi bivaque de Mora-
 » via; le habeis oido implorar mi clemencia
 » y jurarme amistad eterna. Vencedores en
 » tres guerras, el Austria todo lo debe á
 » nuestra generosidad; tres veces se ha per-
 » jurado; nuestras victorias pasadas son ga-
 » rantes de la victoria que nos aguarda; mar-
 » chemos pues y que en viéndonos el ene-
 » migo se acuerde de sus vencedores ! »

Al dia siguiente, el Emperador trasladó

su cuartel general á Ingolstadt. La fortuna de esta nueva campaña estaba tan bien arreglada, que cada dia fue señalado por una accion y por una victoria. El 19, el general Oudinot, salido de Augusta, dispersó á cuatro mil Austriacos en el combate de Pfaffenhoffen donde el duque de Rivoli llegó el 20. El duque de Auerstaedt vino desde Ratisbona á Neustadt; allí alcanzó al enemigo y ganó la batalla de Thaur. Por la tarde, se juntó con el duque de Dantzick que habia llegado á tiempo con los Bávaros para completar la derrota de los Austriacos. El 20, Napoleon se dirigió sobre Abensberg donde tenia resuelto mudar de frente y destruir á los sesenta mil hombres del archiduque Luis y del general Hiller. Napoleon se acordó de la táctica del general del ejército de Italia, y maniobró para cortar la línea de operaciones del enemigo. El duque de Auerstaedt tenia la orden de contener tres divisiones austriacas, y el duque de Rivoli de interceptar las comunicaciones tomándolas la espalda por Freyland. El duque de Montebello debia atacar con la izquierda y Napoleon se reservó el mando de la derecha compuesta unicamente de los Bávaros, bajo las órdenes del

príncipe real, y de los Wurtembergeses mandados por el general Vandamme. En aquel día, Napoleon se entregó enteramente á la lealtad y al valor de los Alemanes que se mostraron dignos del gran capitán que los había elegido para triunfar con él. La victoria no fue dudosa un solo instante. El choque fue terrible de parte del Emperador; los Bávares y los Wurtembergeses tenían que vengar injurias personales. Diez y ocho mil prisioneros austriacos, ocho banderas, doce cañones cayeron en poder de los vencedores de Abensberg. Esta gloriosa jornada, cuyo honor pertenece enteramente al valor de los aliados y al carácter de Napoleon, probó al emperador de Austria que su yugo estaba quebrado, y popularizó, entre las tropas de la confederación, al protector que venció con sus propias armas al antiguo jefe del imperio germánico.

El enemigo tenía el flanco descubierto. Napoleon quiso ocupar á Landshut; y el 21, se dirigió sobre aquel punto; la caballería del duque de Istria y los granaderos del general Mouton, destrozaron á los Austriacos en la llanura, se abalanzaron al puente que estaba ardiendo y se apoderaron de la ciudad. Nueve

mil prisioneros, treinta cañones, seiscientos cajones, tres mil carros de bagages, los hospitales y los almacenes, fueron los resultados de esta jornada.

El Emperador habiendo batido el ejército del archiduque Luis en Abensberg y Landshut, quiso medir sus armas con el mas hábil general austriaco, el archiduque Carlos, á quien conocía y apreciaba desde mucho tiempo. El mariscal Davoust se mostró digno de la confianza del Emperador. Viendo, despues de la ocupacion de Ratisbona por los Austriacos, que la mayor parte de las fuerzas del archiduque Carlos se dirigia contra él, tomando consejo unicamente de su carácter tenáz y con una obstinacion verdaderamente heróica, tomó sus disposiciones para la hermosa batalla cuyo nombre debia unirse al suyo. El ejército del Archiduque compuesto de ciento y diez mil combatientes, estaba reunido en Eckmuhl dividido en cuatro cuerpos, que á la primera señal de Napoleon se hallaron atacados á la vez sobre todos los puntos, envueltos por su izquierda y deshechos por todas partes. Veinte mil prisioneros, una artillería inmensa, todos los heridos del enemigo y quince banderas,

fueron los troféos de la victoria de Eckmuhl.

Napoleon llamó sus movimientos estratégicos en las jornadas de Abensberg, de Landshut y de Eckmuhl, *sus mas hermosas, mas atrevidas y mas sábias maniobras*. Todavía no habia ganado la batalla de Wagram. Todavía no habia hecho la campaña de Rusia, ni la de Silesia, ni la inmortal campaña de Francia que dió término á su vida militar, tan gloriosamente como la habia empezado en Italia.

El 23, Napoleon llegó delante de Ratisbona, donde el general austriaco tenia encerrados á tres regimientos. Ocho mil hombres de caballería que cubrian las avenidas de la ciudad, fueron derrotados y echados al otro lado del Danubio. La infantería habiendo llegado, la artillería abrió el fuego y se pusieron las escalas. El duque de Montebello mandó subir un batallon que abrió una poterna por donde el ejército entró corriendo dentro de la plaza. El enemigo se olvidó de cortar el puente y los Franceses pasaron inmediatamente á la orilla izquierda. Los Austriacos que defendian el puente cayeron prisioneros casi todos. La ciudad estaba ardiendo, pero como pertenecia al rey de Baviera, los Austriacos la veian

quemar con gusto, no habiendo sabido defenderla. Napoleon tomó á su cargo la restauracion de las casas incendiadas, lo que le costó algunos millones.

Desde Ratisbona, donde fue herido en el talon, sin que esta circunstancia le hiciese perder un momento, Napoleon dirigió al duque de Rivoli sobre Straubing y Passau, y al duque de Montebello sobre Muhlendorf. El duque de Auerstaedt persiguió al archiduque Carlos que estaba en plena retirada por los montes de Bohemia. El duque de Dantzick obligó al enemigo á que evacuase Munich; el rey visitó su capital y volvió á Augusta. Por la primera vez, Napoleon marchó, combatió y venció sin su guardia, que fue reemplazada por los Bavaros y los Wurtembergeses desde el triunfo de Abensberg. Antes de salir de Ratisbona Napoleon dió gracias al ejército con la orden del dia del 24 de abril:

« SOLDADOS!

» Habeis justificado mis esperanzas. Habeis
» suplido el número con vuestro valor.... En
» pocos dias hemos triunfado en las tres ba-
» tallas de Thaur, de Abensberg, de Eck-

» muhl, y en los tres combates de Peissig, de
 » Landshut y de Ratisbona..... El enemigo
 » alucinado por un gabinete perjuro, parece
 » que se habia olvidado de vosotros, pero le
 » habeis aparecido mas terribles que nunca.
 » Hace poco que atravesó el Inn y que invadió
 » el territorio de nuestros aliados, lisongeán-
 » dose de llevar la guerra en el seno de nues-
 » tra patria; hoy huye, derrotado, deshecho,
 » espantado y desordenado. Mi vanguardia ya
 » pasó el Inn; antes de un mes estaremos en
 » Viena. »

Napoleon cumplió con su palabra. El 27, estaba en Muhlendorf, desde donde envió al general de Wrede para castigar al enemigo en Lauffer y Saltzbourg. El 28, los duques de Istria y de Montebello se reunieron en Berghausen cuyo puente quemaron los Austriacos, pero se restableció el 29. El 30, todo el ejército pasó el Saltza; por su parte, el emperador de Austria cumplia con sus convenios con la Gran Bretaña, abriendo todos sus puertos á la marina y al comercio ingles. Este príncipe salió de Viena para ir á Schading, *posicion elegida por él*, dice el boletin del 30, por no estar en ninguna parte, ni en su capital para gober-

nar á sus Estados, ni en el ejército donde solo hubiera sido un estorbo. Luego tuvo que salir de Scharding para hacer lugar al duque de Rivoli, y en seguida de Braunau para hacer lugar á Napoleon. El 2 de mayo, éste llegó á Ried y á Lumbach; y los duques de Istria y de Montebello á Wels. El dia siguiente el duque de Istria y el general Oudinot se reunieron con el duque de Rivoli, que el mismo dia entró en Lintz. El general Hiller, temiendo ser envuelto por el duque de Montebello, tomó posicion en Ebersberg, con nueve mil hombres para pasar el Traun. El duque de Rivoli acudió inmediatamente á este punto; desde que habian empezado las hostilidades no habia dado su nombre á ninguna batalla; pero iba á renovar uno de estos combates de gigantes que tantas veces ilustraron *al hijo querido de la victoria*. Era necesaria toda la audacia de Massena para apoderarse de Ebersberg que domina al Traun y que estaba defendido por el numeroso ejército de Hiller. El mariscal seguia detras de su caballería ligera con la division del general Claparede, cuando se vió detenido por un escopeteo terrible antes de llegar al puente del Traun. El general Cohorn á la